

“Él dará testimonio de Mí”. ¿Cómo presentar hoy la fe?

1. Pros y contras de plantearnos esta pregunta.

a. La época del Nuevo Testamento: para la evangelización de los gentiles fue decisivo superar el “molde cultural” judío, la Ley antigua: “no imponerles más cargas de las necesarias”. Es decir, tuvieron en cuenta que los gentiles no podían soportar las cargas de la Ley antigua, y esto les llevó a plantearse si esas cargas seguían siendo necesarias en la Nueva Alianza. En otras palabras. Sabían a quién estaban hablando.

b. Los padres de los primeros siglos consiguen expresar la fe en categorías de la cultura griega. Reflexionan sobre lo que los discípulos vivieron con Cristo y formulan lo que Cristo entregó “viviendo” (no “formalmente”, dando clase) en términos formales: Una esencia, tres Personas; dos naturalezas, una Persona. Esta tarea les llevó varios siglos de discusiones apasionadas.

c. El fracaso de algunas reflexiones temáticas sobre la fe y “el hombre de hoy”.

Bultmann y Rahner.

El primero intenta hacer del mensaje cristiano algo existencialmente significativo para el “hombre de hoy”; y para ello lo vacía de contenido: la historia de Jesús es un mito mediante el cual conocemos que Dios nos quiere, y la Resurrección es una parte muy importante de ese mito: significa que Dios nos sigue queriendo a pesar de todo.

Rahner hace el mismo intento en un ámbito católico, y por tanto ajeno al protestantismo liberal. Habrá que dejar pasar el tiempo, pero da la impresión de que su método –partir del “hombre de hoy”- ha sido estéril y esterilizante. Así, por poner tan sólo un ejemplo, la doctrina de los cristianos anónimos no parece ajena al freno misional que ha vivido la Iglesia en los últimos decenios.

Por lo demás, el “hombre de hoy” se convierte muy pronto en el hombre de hace 40 años tal como lo interpretó el teólogo X.

d. Los primeros cristianos no hicieron nada parecido a un estudio sociológico: anunciaban a Cristo y sabían a quién se dirigían.

e. El peligro de reducir el arte a técnica. Evangelizar, como educar y tantas otras cosas, es un arte, no una técnica; es decir, no es mera aplicación práctica de una ciencia teórica.

Conclusión: el anuncio de Cristo no debe esperar a un estudio sociológico sobre la situación. Pero debe saber a quién habla, “escuchar” al destinatario. El año pasado, en este mismo curso para Profesores de religión, se ponía el ejemplo de que cuando la artillería apunta demasiado alto, el proyectil cae más allá de donde está el enemigo; por eso es importante “saber dónde están”; y se nos decía que, aparte de hacer los cálculos, se suele corregir el tiro por tanteo: viendo dónde caen los proyectiles en relación con la posición del enemigo. Con esto quiero decir que quien nos marca el camino no son los estudios abstractos previos: es la experiencia pastoral, el contacto directo con la gente, el diálogo con ellos, las preguntas que nos hacen, el esfuerzo por conocer qué cosas les interesan y qué cosas les dejan fríos...

2. Anunciar la fe es ser testigos de Cristo.

(En este apartado me apoyo con libertad en el artículo de Fr. Paul O Callagan en el libro homenaje al Prof. Mateo Seco: *Scripta Theologica*, volumen 2 del año 2006)

a. Dos tipos de testimonio:

-quien ha visto un robo, lo dice al juez y se olvida. Porque eso no tiene nada que ver con él, no afecta a su persona ni al significado de su vida.

Ni lo que ha ocurrido ni, por tanto, su testimonio afectan o comprometen su vida.

-Quien testimonia algo que es muy importante en su vida, algo en lo que está implicado personalmente; por ejemplo: “te quiero” es un testimonio de algo interior que sólo yo conozco (“sólo el espíritu del hombre conoce lo que hay en el corazón del hombre”: al decir “te quiero” estoy dando testimonio de algo que *sólo yo sé, porque ocurre en mi interior* y es inaccesible a los demás); y, como el “te quiero” lleva dentro un impulso hacia el “siempre te querré”, me compromete; si llego a decir esto último, comprometo toda mi vida y toda mi persona. Tengo que ser coherente con lo que he dicho; y si iba totalmente en serio, coherente hasta el final.

b. Cristo da testimonio del Padre: cuenta lo que sólo Él conoce, porque lo ha vivido en el seno de la familia trinitaria: la intimidad del Dios tripersonal y el designio eterno de salvar a los hombres. Toda su persona está comprometida en este testimonio, vive para él hasta el punto de que entrega su vida. Aunque se puede hacer hincapié en otros modos de ver su misión (ha venido *para* redimir, *para* cumplir la voluntad del Padre...), también es certero decir que Él ha venido *para* esto: “para dar testimonio de la verdad”. *Primero vive para* el testimonio y *luego muere por* el testimonio: es condenado por dar testimonio de la verdad¹. Así pues, la sinceridad del testigo está refrendada por su vida. Pero una persona puede ser muy sincera y estar equivocada; por tanto, necesita el refrendo de aquél de quien da testimonio. Lo vemos a continuación.

c. El Padre da testimonio de Cristo: reivindica la verdad de todo lo que Cristo es y dice, resucitándole más allá del aparente “fracaso” o “desmentido” de la muerte.

d. “El Espíritu dará testimonio de mí”. Para ver el testimonio de Cristo que da el Espíritu, necesitamos ver primer nuestro testimonio, porque Él da testimonio precisamente a través de nosotros.

e. Episodio del profesor de religión en un colegio de religiosos de Lodosa: “yo vengo aquí (a las clases de religión) a dar testimonio de Cristo”. Episodio pequeño que me iluminó. Sin pretender despachar la cuestión de la diferencia entre catequesis y clase de religión, el horizonte último de dar clase de religión, u otras acciones, no es transmitir unas teorías, ni lucir conocimientos especializados, ni siquiera enseñar verdades, ni mucho menos decir a qué os tenéis que plegar, a qué os tenéis que atener). Es dar testimonio de Cristo.

f. Los cristianos “prolongamos” el testimonio de Cristo: dando testimonio de Él se hace presente el suyo aquí y ahora. Su testimonio se hace presente a través del nuestro. Dar testimonio es hablar, y hablar con toda nuestra vida. Se necesitan testigos, y no maestros, por dos razones: porque no se trata de enseñar una doctrina, sino de comunicar un hecho que ha ocurrido y que llena mi vida: Dios se encarnó en Jesús de Nazaret, murió y resucitó por nuestra salvación; y los hechos se comunican a los otros por el testimonio. En segundo lugar, porque hay que refrendar ese “comunicar” con toda nuestra vida.

Por eso, al hablar de la fe tengo que dar algo que tengo hondamente arraigado en la cabeza y en el corazón, no transmitir “ideas contenidas en un libro”.

Por otra parte, este testimonio se acredita en la contradicción: en que está dispuesto a ser contradicho y permanecer firme, porque es algo a lo que debe fidelidad personal. Pero necesita también una acreditación externa.

g. Volvemos al testimonio del Espíritu. Él da testimonio de Cristo al menos de dos maneras: abre nuestro corazón a la fe (el nuestro y el de aquél a quien nos

¹. Nosotros parecido: solo podemos ser testigos *hasta morir si vivimos para* ser testigos

dirigimos); y nos fortalece para empeñar toda nuestra vida en el testimonio de Cristo, de modo que seamos “el rostro de Cristo”, o “buen olor de Cristo”: que Cristo se haga visible para los demás en nuestras vidas y en nuestra personas; el Espíritu “reivindica” nuestro testimonio haciéndonos creíbles. Es importante señalar que sólo Él nos puede fortalecer hasta el punto de hacernos creíbles y de hacer que la persona de Jesucristo se haga significativa y atractiva en nosotros. Es decir, el Espíritu Santo nos hace suficientemente creíbles como para que nuestro interlocutor se interese sobre si Cristo fue realmente reivindicado por el Padre mediante la resurrección.

Este asunto de la credibilidad del cristiano es importante por algo que veremos luego con más detalles y que ahora sólo adelantamos. Es fundamental mostrar que existe un acceso histórico a Jesucristo, que es razonable asentir a la verdad de esos acontecimientos. Pero el acceso histórico a Jesús puede ser una verdad fría y lejana, algo que ni siquiera interesa investigar, si la figura de Cristo no resulta previamente atractiva: si Cristo no es alguien que, si es verdad, puede dar sentido a mi vida. Este “paso previo” lo hace el Espíritu Santo dando testimonio a través de nosotros.

Esto tiene una consecuencia: respetar los tiempos del Espíritu, que nosotros no conocemos. Sopla donde quiere y *cuando* quiere. Los primeros cristianos perseveraron tres siglos hasta llegar a ser gente relativamente normal.

Conclusión: al hablar de Cristo, lo esencial no es que estoy enseñando una doctrina, ni siquiera que estoy mostrando el acceso histórico a Jesucristo: estoy dando testimonio de Cristo.

3. Algunas ideas sobre cómo anunciar a Cristo.

a. Es fundamental mostrar el acceso histórico a Jesús: que lo que el Evangelio nos dice sobre Él es históricamente fiable en su conjunto. Si no, la fe cae en un fideísmo voluntarista en el que surge con demasiada facilidad la pregunta “¿y si todo es un invento?”. Dios puede permitir esta insidia, pero nosotros no debemos ocasionarla. Es imprescindible que el creyente pueda decir son san Pablo: “Yo sé de quién me he fiado”. El problema es que este acceso histórico a Jesús queda como una verdad fría y lejana si antes no hemos interpelado al oyente con nuestro testimonio. Por eso lo tratado en el punto 2 es prioritario.

b. Respetar al interlocutor. Ser conscientes de la variedad de situaciones. ¿Quién dice la gente que es Cristo? Quizás alguien de quien no saben nada, ni siquiera si existió; para otros un gran hombre... Es preciso acercarse con respeto a cada uno. Hay que tomarse en serio las preguntas, las dudas que nos planten honradamente.

c. También en esta materia los peligros se pueden convertir en oportunidades. Dios no nos ha dado la cabeza para que nos erijamos en jueces de Dios, pero sí para que la usemos razonablemente. Hay una diferencia entre plantearse un problema honradamente, y tener la actitud de quien, preguntado sobre qué diría si se encontrase con Dios después de muerto: “lo siento mucho, Señor, insuficiente evidencia, insuficiente evidencia” (Dawkins, citando a Russell); plantearse un problema, o tener una duda, no es lo mismo que osar decirle a nuestro Señor. “lo siento, los criterios de suficiencia los pongo yo”.

d. Huir de todo academicismo. El testigo de Cristo tiene que saber, debe “poseer firmemente la fe”, y esto significa ser sólido, estar “documentado”, ser riguroso; pero no se requiere ser esclavo de las “exigencias del discurso académico” cuando anuncia a Cristo.

e. Un Ejemplo: André Leonard, *Razones para creer*. Me parece un libro especialmente afortunado; de hecho lo he usado con éxito en las clases de teología para

universitarios, y lo he recomendado a gente con fe y sin fe, que por lo general lo han leído a gusto y con provecho. ¿Qué tiene el libro? Podríamos fijarnos en muchas características de la obra, pero yo voy a fijarme en lo que nos interesa para esta sesión, que además me parece lo principal.

Primero. La obra nace de su experiencia pastoral: después de años dando clases de teología a los alumnos de carreras civiles en Lovaina, escribe una obra en la que, desde la primera página, se nota que está presente su experiencia docente; no un análisis sociológico previo, sino su concreta experiencia de diálogo con los estudiantes de Lovaina. Es fruto de las preguntas y dificultades que le han hecho, y del esfuerzo por dar respuestas cada vez más auténticas y afortunadas. Él “sabía dónde estaban”.

En concreto: veía que para muchos de ellos la fe era algo irracional, carente de todo fundamento, y en este contexto se propone explicar que la fe es razonable a la vez que supera a la razón (capítulo introductorio).

Lo explica apelando a una experiencia muy accesible a los jóvenes estudiantes: la confianza en el amor de alguien que me quiere, o en su amistad, tiene un fundamento (es razonable) pero no se puede demostrar (“y por lo tanto me quiere c.q.d.”).

Se percata de que lo esencial es anunciar a Cristo, al Dios de Jesucristo, pero que, al mismo tiempo, es necesario hacer ver que podemos conocer la existencia de Dios, so pena de que la fe se diluya en el particularismo de las tradiciones. En esta explicación da menos importancia al argumento cosmológico que al antropológico: las experiencias testimonian que hay espíritu en mí, y ese espíritu sólo puede proceder de Dios. De nuevo se ve que esto es fruto de un diálogo con las actitudes e intereses de la gente concreta.

Estudia el atractivo y la coherencia de la figura de Cristo, es decir, hace ver que es alguien por quien merece la pena interesarse. Y luego hace ver que todo lo referente a él tiene la garantía de la historia, Lógicamente trata en particular la Resurrección. Se apoya en la significatividad de su persona para llamar la atención sobre el acceso histórico a él.

Finalmente, presenta la Iglesia como el “lugar” donde es posible “hacer la experiencia de Cristo”, tener un encuentro personal con Cristo como lo tuvieron los israelitas de su época. Apela a la vida y liturgia de la Iglesia como el sitio donde puedo saborear el testimonio de Cristo. Y por eso invita a participar en la vida de la Iglesia.

Carlos Soler